

## PREMIO FRANCISCO UMBRAL. Discurso

Buenas tardes. Ante todo, quiero expresar mi gratitud a la Fundación Francisco Umbral, patrocinadora de este premio que hoy nos reúne; gracias, también, a los miembros del jurado que tan generosamente han valorado mi libro; al pueblo de Majadahonda, que nos acoge en esta biblioteca pública y cuyas aportaciones constituyen el soporte fundamental para el mantenimiento de la Fundación, algo especialmente meritorio en estos tiempos de bárbaros recortes; a mis editores, Lali Gubern y Jorge Herralde. Mi agradecimiento muy especial a todos los amigos que os habéis trasladado hasta aquí para asistir a esta celebración que me cuesta creer que esté teniendo lugar, del mismo modo que me cuesta creermelo que he escrito una novela cuando la termino, porque siempre que escribo un libro me parece fruto de un milagro, o trabajo de alguien que está por encima de mí y hace cosas que yo no sería capaz de hacer. Con frecuencia me pregunto quién es el duende que escribe mis libros: nunca he tenido la sensación de ser un escritor profesional. Me paso largas temporadas mudo, incapaz de hilvanar tres palabras seguidas. Ni

tengo ni he tenido nunca un plan trazado sobre mi carrera literaria, y, por eso, cuando termino un libro no sé si voy a escribir otro, y mientras escribo, avanzo a ciegas.

Miguel Torga decía de sí mismo: *Tengo (...) plena conciencia de llevar un escritor tartamudo y angustiado bajo una piel engañosa de escritor fluyente y convencido, el escenario limpio de la página en blanco, por el que otros pasean (...) su facilidad de inspiración significa (...) para mí un campo estéril y duro.* Torga, con su palabra precisa y densa, describe mi propia sensación de caminar en un campo estéril. Y, sin embargo, desde que tengo recuerdos, no he querido ser otra cosa que escritor; desde aquellos días en que me enseñó a leer y a escribir mi padre, un peón ferroviario al que haber militado en un sindicato y haber tenido un hermano comunista, le habían cortado las aspiraciones de ascenso social. Recuerdo su mano que coge la mía, aprieto con fuerza el lápiz, el cuaderno en la mesa del comedor de la que acaban de retirar los restos de la cena. Él me compró mi primer cuaderno y mi primer cuento. El cuento aún lo guardo, se ha salvado misteriosamente de tantos traslados y

tantos accidentes domésticos. Un testigo para que no se me olvide de dónde vengo.

En el cuento se relata una historia vulgar en la que los animales del bosque se organizan para salvar a un ternero bobalicón capturado por el lobo. Pero poco importa la historia que cuenta. Lo que vale es que, desde entonces (tenía poco más de tres años), nunca he dejado de leer historias de otros y de querer contar la mía, ésa que no acabo de saber cuál es: atrapar con palabras algo que siempre se me acaba escapando.

Nunca he terminado una novela con sensación de plenitud, y los instantes de gozo al escribir han sido más bien efímeros. Por eso, hoy, al recibir el premio que me ha concedido un jurado tan prestigioso y que tanto respeto me merece, tengo la sensación de ser víctima de un malentendido. Como pensaba Torga de sí mismo, yo también llevo dentro un escritor tartamudo y angustiado, que mira la página en blanco como si fuera un campo baldío, y al oír las palabras que Manuel Llorente acaba de pronunciar, y leyendo las que Santos Sanz Villanueva escribió el pasado sábado en las páginas de El Mundo, me emociono y se me humedecen los ojos, porque me gustaría ser

ese escritor del que ellos hablan, y al que tanto echo de menos (el escritor fluyente y convencido de Torga). Al oírlos, al leerlos, me siento como uno de esos personajes de película italiana (De Sica, Mastroiani) que sacan cuidadosamente el pantalón que han planchado bajo el peso del colchón, y se visten con una chaqueta prestada para hacerse pasar por marqueses y darle un sablazo al incauto con el que se han citado. Así me veo yo esta tarde, enfundado en mi uniforme de falso marqués.

Han premiado ustedes a un perpetuo aprendiz de escritor, que sufre cada día en carne propia sus limitaciones, un tipo que ha tenido la ocasión de constatar que el oficio de escritor no es como el del carpintero o como el del cerrajero, profesiones en las que la práctica te concede facilidades a la hora de ejercerlas, y en las que la experiencia deviene habilidad. En el oficio de novelista uno comprueba más bien lo contrario, que lo que aprendes al escribir una novela se convierte en probable lastre para la siguiente. Por eso, una vez acabado el libro, el problema del escritor es cómo librarse de él: así que, por si fuera poco, aquí estoy con mi disfraz

de marqués para recibir un premio por el libro del que intento librarme.

El escritor que recibe este premio por *En la orilla* bracea desesperadamente para perder de vista a Esteban, a Liliana; a los empleados recién despedidos de la carpintería; para borrar de su cabeza el pantano, las calles de Olba, todo ese mundo novelesco con el que ha vivido durante años y ahora se le ha convertido en lastre. De nuevo es el novelista tartamudo y angustiado que camina buscando a ciegas cuál es la historia que tiene que contar.

Rafael Chirbes

Majadahonda, 4 de marzo de 2014